

que lo que convenia era popularizar la revolucion, haciendola descender hasta las ultimas clases, y radicar en ellas el odio contra los Españoles, precipitandose con la velocidad del rayo sobre las principales poblaciones, y desorganizando con las masas a que daba impulso, el gobierno que tenia por enemigo y los medios que la cadena de autoridades subordinadas a su obediencia le prestaban para sostenerse o reacerse.

Lleno de estas ideas salió de San Miguel la mañana del 48, y se dirigió para Celaya, ciudad rica y bastante considerable, en la cual se habian reunido muchos Españoles de los pueblos inmediatos con los que eran vecinos de ella, para proporcionarse algun genero de defensa, pues aunque en ella no habia sino un piquete de soldados que no pasaba de diez hombres, esperaban auxilios de Guanajuato o Querétaro para poder sostenerla, no creyendo que Hidalgo se moveria con la rapidez que lo hizo; pero desde la mañana del 48 empezaron a correr en la ciudad noticias sordas de su venida, que fueron tomando cuerpo a proporcion de que se avanzaba el dia, y se confirmaron del todo cerca de las dos de la tarde; entonces todo fué desorden y confusion. El primer cuidado de los Españoles fué el de ocultar sus caudales, y el segundo el de armarse ellos mismos y sus dependientes, cada cual del modo que pudo: pero sin gefe, sin tropa, sin

disciplina y sobre todo desconociendo hasta los primeros elementos de la fortificación, nada podían hacer para contener las masas que por la parte exterior se precipitaban sobre ellos, ni reprimir en la interior a la masa del pueblo que les amenazaba por instantes con una violenta explosión. Los frailes españoles del Carmen, vestidos con el traje charro de manga, montados a caballo, armados de sable y pistolas y con el crucifijo en la mano, como los obispos del tiempo de las cruzadas, que hacían de soldados y ministros, recorrían en vano los barrios de la ciudad, exortando a la defensa al pueblo que tenía ya tomado su partido, y se hallaba bien resuelto a declararse por Hidalgo luego que avanzase sobre la ciudad. En medio de este desorden se presentó un parlamentario exigiendo la entrega lisa y llana de la plaza, y amenazando que de no hacerlo serían pasados a cuchillo los Españoles que se hallaban en poder de los pronunciados. A todo se dió una respuesta evasiva para prolongar la negociacion y ganar tiempo, con el objeto, segun el éxito manifestó, de retirarse a Querétaro. La noche se acercaba y las familias de los Españoles temiendo un acometimiento o una sublevacion del pueblo, cosas ambas que las esponían a inmensos riesgos, se hallaban en la mayor consternacion. Entonces el prior de San Agustín, llamado Agustín Casorla, deponiendo los escrúpulos de la clausura, inoportunos en aquellas cir-

cunstancias, abrió las puertas de su convento a mujeres, niños y viejos para proporcionarles un asilo sin el cual habrían estado espuestos a todo genero de violencias, y este acto de beneficencia hará siempre honor eterno a este varon verdaderamente apostolico.

Cuando los Españoles vieron de alguna manera aseguradas sus familias, no pensaron ya sino en ponerse en salvo de la tempestad que les amenazaba, y reunidos a la media noche formaron una caravana que se dirigió a Queretaro. Hidalgo lo supo inmediatamente, pero no quiso seguirlos ni ocupar la ciudad en medio de las tinieblas, temiendo el extravio de los caudales de que pensaba apoderarse. Al romper el alba ocupó la ciudad, y la señal de posesion que se dió al vecindario fué una descarga general de todas las armas de fuego verificada en la plaza, y que fué el toque de llamamiento para el destrozo y el saqueo. Inmediatamente las masas de Hidalgo se repartieron por toda la ciudad y ayudadas por el pueblo cayeron sobre las casas de los Españoles que no solo saquearon, sino que destruyeron en un momento rompiendo las puertas, ventanas, armazones, rejas, muebles, y no dejando en ellas en pie sino las paredes: los caudales fueron ocupados, conducidos sin cuenta ni razon, y amontonados en uno de los mesones de la vecindad, de donde tomaba cada cual lo que le parecia. Celaya al tercer dia de tomada era un monton de ruinas y

se hallaba desprovista aun de las cosas de primera necesidad para el uso de la vida, llenas sus calles y plazas de los jornaleros de los pueblos que se unian a Hidalgo en todos los puntos de su transito, y que necesariamente cometian mil actos de rapacidad, pues nada alcanzaba para mantenerlos. Hidalgo fué proclamado en Celaya sin oposicion ninguna *capitan general de America*, título falso, proveniente de la ignorancia de los que lo daban, y que suponía el error inexcusable de no haber mas America que Mexico, título ademas ridiculo por recaer sobre la persona de un clérigo, que por su estado jamas debió contarse entre la gente de armas tomar; pero la revolucion de Mexico tuvo de singular el que los frailes y clérigos eran los principales gefes de las partidas volantes y de las divisiones armadas, lo cual no contribuyó poco a su descredito. Tambien fueron promovidos a tenientes generales, mariscales de campo, etc., los principales caudillos Allende, Aldama, y Abasolo, el presbítero Balleza y otros que sería largo enumerar; y estas promociones estemporaneas hicieron desde luego formar poco concepto de hombres que se ocupaban de preferencia de ascensos o títulos que solo podian justificar las grandes proezas y acciones de valor de que, por falta de ocasion, hasta entonces no habian podido dar pruebas ningunas.

Quando la noticia de la ocupacion y saqueo de

Celaya llegó a Guanajuato, el intendente Riaño entró en gran cuidado y trató de poner la ciudad en estado de defensa, con el designio de sostener un sitio mientras llegaban en su auxilio las fuerzas de Mejico o las que pedia a San Luis al brigadier Don Feliz Calleja, comandante de aquella brigada. Los Españoles estaban todos decididos a la defensa, y aun los Mejicanos ricos, visto lo sucedido en Celaya, se inclinaban mas a ella que a tomar partido por Hidalgo; pero el pueblo y la clase jornalera, que en ninguna parte era tan considerable como en Guanajuato, hallaba mas comodo el enriquecerse en un dia con los despojos de los ricos propietarios de minas, que continuar percibiendo su jornal y pagando el tributo extraordinario, que como se ha visto en el periodo anterior, se le impuso por haberse sublevado en el estrañamiento de los Jesuitas. El intendente, a cuya perspicacia no se podian ocultar estas disposiciones, convocó una junta de las personas principales, y en ella hizo ver la gravedad del negocio y los riesgos que se corrian si se perdia un momento en hacer los aprestos de defensa; en ella se acordó defender la plaza si era posible, y en caso de no serlo hacerse fuertes en la alondiga de *Granaditas*, posicion militar y que podia servir como de una especie de ciudadela. La fuerza con que se contaba era bien corta, pues dos compañías de caballeria del principe y una parte del batallon de

infantería de Guanajuato, que no llegaban a trescientos hombres, era la única tropa reglada, la de mas consistía en paisanos, armados sin uniformidad ni disciplina, en numero de pocos mas de trescientos que, unidos a los otros, hacian seiscientos defensores incapaces de cubrir todos los puntos de la ciudad. Los frailes hicieron lo que en Celaya, predicaron contra Hidalgo con el crucifijo en la mano y aun lograron infundir en el pueblo un ardor momentaneo que alentó aun algo a los defensores; pero estas disposiciones fueron muy pasajeras, y este fuego fatuo desapareció bien pronto y fué reemplazado por la mas fria indiferencia. Riaño quiso hacerlo renacer por un bando en que se eximia del tributo extraordinario a los que habian sido condenados a el; pero esta concesion tuvo la suerte de todas las que son efecto de la debilidad, es decir, la de hacer despreciable al que se presta a ellas, sin que por esto logre el fin que se propuso; así es que el pueblo vió con la mas grande frialdad la gracia que se le hacia, pero no disimulaba su aficion al saqueo.

Entre tanto se supo que Hidalgo, despues de haber vacilado mucho tiempo sobre si acometeria a Queretaro, se decidió por marchar a Guanajuato, y se habia ya puesto en camino. Esta noticia hizo que el pueblo de la ciudad diese indicios nada equívocos de sublevarse, y determinó al intendente a en-

cerrarse en Granaditas con su corta fuerza, y depositar en este fuerte los archivos y caudales publicos con los de los particulares que quisiesen introducirlos. Desde el 24 de setiembre en que esto se verificó, se vieron ya con menos cuidado los puntos de la ciudad que hasta entonces se habian resguardado y procurado tener en estado de defensa, pero se trabajó sin cesar y con suma actividad en las obras de fortificación interior y exterior de Granaditas. Los frascos de fierro colado en que se conduce el azogue y de los cuales habia grande abundancia, fueron destinados a hacer las veces de granadas, pues henchidos de polvora producian el mismo efecto: el acopio de viveres fué el que se reputó suficiente para mantener mas de quinientas personas por el espacio de cinco meses, y los caudales publicos y particulares, por el calculo mas bajo, ascendieron a cinco millones de pesos. Riaño no perdía ocasion de reanimar el espiritu publico de los vecinos y defensores; pero lejos de adelantar nada con sus esfuerzos, ellos mismos, como signo infalible de la desconfianza del gefe, contribuian del modo mas eficaz a producir el desaliento; este progresaba por momentos, de modo que muchos Españoles tuvieron por mejor y mas seguro partido el ausentarse de la ciudad aun con la certidumbre de la perdida de sus bienes, y el riesgo que corrían sus familias entregadas a la suerte de la revolucion.

Hidalgo, despues de haber permanecido algunos dias en Colaya, salió para Guanajuato; pero la lentitud de sus marchas, debida al desorden y confusion de las masas que conducia, no le permitieron llegar a las inmediaciones de la ciudad sino hasta la tarde del dia 27 en que se acamparon como pudieron los que lo seguian, sin cuidarse de tomar posicion militar. A la aproximacion de estas masas, el pueblo de la ciudad dió indicios nada equívocos de su deseo de amotinarse, y el intendente tuvo necesidad de encerrarse en su fuerte y abandonar los demas puestos. Al dia siguiente 28, Hidalgo mandó un parlamento intimando rendicion, y ofreciendo conservar las vidas a los Españoles, pero exigiendo de ellos se diesen por arrestados, y aun se asegura que a Riaño le hizo un ofrecimiento particular de un resguardo para su persona, cualesquiera que fuese su resolucion de resistir o entregarse: si como parece es cierto tal ofrecimiento, debe estimarse como una prueba decisiva de las virtudes de Riaño, y del justo aprecio que de el se hacia, acordando en su favor una escepcion que, segun el estado de las cosas, no se habria concedido a ningun otro.

D. Mariano Abasolo y D. Ignacio Camargo fueron los encargados por Hidalgo para presentarse en Granaditas, y hacer la intimacion con las formalidades de la guerra; pero habiendose retirado Aba-

solo antes de que se permitiese la entrada, solo quedó el segundo para conferenciar con los comisionados del intendente, que le fueron D. Francisco Iriarte y D. Miguel Arizmendi. Camargo, con aquella moderacion y cordura que siempre fué el distintivo de su caracter, leyó a la guarnicion la intimacion de Hidalgo, y en seguida la enteró del estado de las cosas con bastante exactitud, y con una frialdad que manifestaba su valor y el dominio que tenia sobre sus pasiones. Entre tanto Riaño se dirigió a los defensores diciendoles, que el por su parte estaba resuelto a defender el fuerte, cosa que no le parecia imposible atendido que, aunque las fuerzas de Hidalgo eran muy superiores en numero, como gente sin disciplina, y que carecia de artilleria de batir, sus ataques no podrian ser muy terribles; pero les añadió que si no se hallaban en animo de sostener el punto, lo dijese francamente, pues jamas habia sido su animo sacrificarlos ni que prevaleciese su voluntad sobre la de los que le rodeaban. El mas profundo y triste silencio sucedió a esta alocucion, indicio cierto del desaliento que se habia apoderado de los defensores, hasta que Castillo que se hallaba entre ellos por uno de aquellos raptos indiscretos y comprometedores que no faltan en semejantes ocasiones, dió la voz de *morir o vencer* que los demas siguieron maquinalmente, y a la cual Riaño arregló sus providencias. Desde aquel momento se dió

por rota toda negociacion, se hizo salir al parlamentario Camargo, y todos se apresuraron, unos al ataque y otros a la defensa. La mas constante actividad desplegó el jefe del fuerte para poner en estado de defensa todos sus puntos. A cada cual destinó el puesto correspondiente habilitandolo de parque y de cuanto podia necesitar, y así dispuestas las cosas aguardó con firmeza y serenidad al enemigo que no se hizo esperar mucho.

Hidalgo, luego que se impuso de la ultima resolucion del intendente, dividió su gente en dos trozos, previniendo que el uno atacase por el frente el fuerte de Granaditas, y el otro lo hiciese por la hacienda de Dolores que estaba unida a aquel por la espalda y ocupada por los Españoles. Aquella multitud se puso en movimiento sin mas orden que el que podian dar ciertas banderas de diversos colores en que iba la imagen de Guadalupe, y servian como de centro comun a unos pelotones que se llamaban compañías, sujetas a un cabo o jefe que mandaba cada uno de ellos. Las armas eran las que cada uno pudo proporcionarse; de fuego habia poquissimas y las demas consistian en palos, piedras, instrumentos de labranza o ganaderia, y en machetes o cuchillos destinados al uso domestico.

El numero de estos hombres se cree que llegaba a catorce mil, sin contar con la tropa reglada que no pasaban de cuatrocientos, y se hallaban como

perdidos y absolutamente embarazados para obrar entre esta multitud desordenada. Poco despues de las tres de la tarde se hizo dueño de la ciudad este extraño ejército, al que se unió inmediatamente el pueblo de Guanajuato. Lo primero de que se ocuparon, fué de abrir las carceles y poner en libertad a todos los presos, entre los cuales se hallaban no pocos facinerosos, que habian sido el terror de los campos y poblaciones, cuyo ultimo suplicio habria sido recibido con aplauso universal, y este procedimiento inmoral, repetido con bastante frecuencia, contribuyó no poco al descredito de la causa que Hidalgo sostenia. En seguida se trató de tomar el fuerte y, dada la orden de hacerlo, cayeron sobre el aquellas masas compactas cuyo impulso a nadie era dado resistir. Los Españoles se defendieron con el valor de la desesperacion : sus frascos de polvora y sus fusiles hacian un estrago horrible sobre una multitud que peleaba a pecho descubierto y enteramente cerrada; pero aunque ninguno de sus tiros era perdido, ni habia golpe sin resultado, el estrago que causaban, lejos de intimidar a la multitud, no hacia sino aumentar su encono y ardor, con el que a muy poco fueron desalojados los defensores del fuerte de sus lineas exteriores. Riaño que vió un puesto importante abandonado tomó un fusil para sostenerlo, y sin acordarse de lo importante de su persona, que no debia ocuparse de funcio-

nea subalternas, estuvo haciendo fuego largo tiempo, hasta que atravesada la cabeza por las sienes con una, bala quedó muerto en el sitio. Esta perdida, la mayor aunque no la unica que en la accion habian tenido los Españoles, no les hizo desistir de la defensa que continuó por entonces, pues aunque se repetian los ataques contra el fuerte, todos quedaban sin efecto, y la perdida de los que asaltaban se aumentaba por momentos, pero, ¿de que no es capaz un pueblo enfurecido cuando se halla animado por la codicia y la venganza? Las perdidas que sufre no producen otro efecto que el de obstinarlo, como sucedió con el de Paris en la toma de la Bastilla y el de Guanajuato en la de Granaditas.

Hidalgo aprovechandose de este ardor previno que incendiasen a toda costa las puertas del fuerte que se hallaban ya sin defensas exteriores. Esta orden fué tan pronto cumplida como dada, y los Españoles se vieron en el ultimo apuro cuando se hallaron con esta brecha que no tenian medios de cerrar. En tal conflicto enarbolaron bandera blanca y de pronto se mandaron suspender las hostilidades. Pero los defensores de la hacienda de Dolores que ignoraban lo que pasaba en Granaditas, continuaron haciendo fuego sobre la multitud que, dandose por engañada, gritó *traicion* en uno de aquellos raptos de furor tan comunes en las revoluciones populares. Desde este momento ya solo se tra-

ló de tomar el fuerte a toda costa y de no dar cuartel a nadie: las masas se precipitaron sobre las puertas medio destruidas, y aunque sufriendo grandes perdidas las forzaron al instante. El ataque y la defensa se renovaban en cada uno de los puntos interiores que ofrecian algunos medios de resistencia, pero en todas partes triunfaba la masa popular que se derramaba como un torrente que destruye y sepulta cuanto le opone resistencia. A las cinco de la tarde el triunfo de los sitiadores era completo, y a esa hora dió principio el saqueo y la destruccion general de una de las ciudades mas ricas de Me-
jico.

Si en Celaya se cometieron tantos escesos y desordenes a pesar de no haberse opuesto por los Españoles la menor resistencia a su ocupacion, cada cual puede figurarse lo que sucederia en Guanajuato donde aquella fué tan obstinada. En efecto, muy pocas horas bastaron para consumir la ruina de esta ciudad, la destruccion de sus inmensos capitales, y del laborio de las minas, que abandonadas entonces aun no han podido repararse. No solo los Españoles, sino hasta los Mejicanos acomodados sufrieron el saqueo y los insultos de los vencedores y de un pueblo desenfrenado, que nada podia calmar ni satisfacer, y que desfogaba su rabia destrozando los cadáveres de los vencidos y cebandose en su sangre. Nadie se atrevia a sepultar estos miserables

restos, pues alguno que llegó a intentarlo se vió en gravísimos riesgos, y no debió su salvacion sino a la fuga. Pero D. Juan Aldama y D. Mariano Abasolo en consorcio de Allende que tambien se hallaba ostigado de tantos escesos, tomaron por fin medidas serias y eficaces para contenerlos y establecer un tal cual orden en la ciudad. Por sí mismos reprimieron algunas aunque con suma dificultad, y se dirijieron a Hidalgo para que cuanto antes se llenase el hueco que habia resultado en la autoridad por la muerte o emigracion de los que la desempeñaban. Se trató por fin de hacerlo y fueron nombrados los rejidores y alcaldes ordinarios que faltaban, proveyendose la intendencia de la provincia en Don Jose Antonio Gomez, por haber renunciado Don Fernando Perez Marañon, nombrado primero por Hidalgo, y el cual, como se verá adelante, mantuvo intelijencias con Calleja y con el gobierno de Mejico.

Como en Guanajuato residian algunos jovenes que se habian educado en el seminario de Minería de Mejico, y se hallaban dotados de conocimientos nada vulgares sobre las artes del grabado, y mas que todo sobre la fundicion de metales y la maquinaria, Hidalgo se valió de ellos para establecer una maestranza y un ingenio de acuñacion o sea casa de moneda. Este ultimo establecimiento era del todo necesario despues de haberse cortado las relaciones con Mejico donde unicamente se acuñaba, y así en

el uno como en el otro dieron pruebas nada equivocadas de su ingenio, conocimientos y recursos los encargados de ambos, porque aunque sus obras no fueron del todo perfectas, escedieron en mucho a las esperanzas que podian concebirse de unos hombres que no contaban con los medios de plantear estos trabajos y se hallaban en la necesidad de formarlos por sí mismos. Ellos se encargaron tambien de la fortificacion de la plaza en clase de ingenieros, y la pusieron en un estado regular de defensa.

La muerte del intendente D. Juan Antonio Riaño fué sentida por vencedores y vencidos; prueba la mas decisiva de su relevante merito. Este ilustre majistrado pertenecia al partido de los Españoles del reinado de Carlos III que rejentaron Floridablanca, Galvez, Campomanes y Aranda, y a virtud de sus principios politicos, en la creacion de intendencias para las colonias fué nombrado por el ministerio de Indias, Galvez, para desempeñar la de Valladolid de Michoacan, de donde fué trasladado oportunamente a la de Guanajuato que sirvió hasta su muerte. Aunque no se pueda decir que fuese un literato, se hallaba dotado de aquella estension de conocimientos que se reputan bastantes para constituir un hombre ilustrado, y que en el produjeron el deseo de propagarlos en las provincias que estuvieron sucesivamente a su cargo. En ellas fué un promotor nato e

infatigable de todos los ramos de la prosperidad publica, y suavizó, en cuanto pudo, ciertos absurdos y medidas ruinosas de la administracion colonial, como lo acreditan los reglamentos que publicó para procurar la seguridad de las personas y propiedades, y para poner en libertad, hasta donde le era licito, todos los ramos de la industria agricola y mercantil, aun contra las ordenes positivas que tenia de la corte para la destruccion de las viñas, de las cuales habia grandes plantios en su provincia. Pero lo que hará eternamente honrosa y grata su memoria, será la integridad de su conducta como funcionario publico en un pais en que la venalidad ha sido el vicio caracteristico de todos los depositarios de cualquier ramo de autoridad. A Riaño se le hizo universal y constantemente la justicia de considerarlo esento de este contagio, y como una de las muy pocas escepciones que ha padecido esta regla generalisima. Por ultimo, lo que le hizo más acepto a los Mejicanos, fué el haberse manifestado siempre desnudo de todas las preocupaciones de *partido que animaban a sus paisanos contra los nacidos en el pais*. Riaño, con la filosofia que produce el amor de todos los hombres, jamas dió cabida a esas distinciones odiosas, hijas del orgullo y de la ignorancia, y que tan caras han pagado los Españoles establecidos en Mejico, así es que el no peleó contra la independecia, animado de estas

pasiones mezquinas, sino impulsado por los principios del honor que le prescribían no ser infiel al gobierno que de él habia hecho confianza. Por lo demas no solo estuvo siempre penetrado de la justicia de la independendencia, sino que la tuvo por un suceso proximo e inevitable desde que la ocupacion de España por el ejercito frances dislocó la maquina ya ruinosa del gobierno de la metropoli. Si la independendencia hubiera partido de las autoridades constituidas, si se hubiera efectuado tal como se proyectó durante el vireinato de Iturrigaray y que frustraron las violencias de los Españoles, Riaño no la habria reusado, y con sus luces e integridad habria adelantado ya sin trabas la prosperidad de su provincia, y contribuido a formar la moralidad de los funcionarios publicos mejicanos. Pero quedó asombrado al ver los desordenes del movimiento efectuado en Dolores, y muy poco o nada bueno pudo pronosticar de sus inmediatos resultados: estas consideraciones, unidas a los principios de pundonor, lo determinaron a declararse contra Hidalgo y ser victima desgraciada de la defensa de Guanajuato.

Mas es tiempo de encargarse de las operaciones con que el gobierno español se preparaba a la defensa, y los medios o resortes que ponía en juego para desacreditar la naciente revolucion, y disipar las masas con que se le amenazaba y que crecian por

momentos. El nuevo virey D. Francisco Javier Venegas que habia desembarcado en Veracruz el 28 de agosto hizo su entrada publica en Mejico el 44 de setiembre, y de esta manera el gobierno del virreinato adquirió la fuerza y unidad de que no era susceptible en manos de la Audiencia, y sin las cuales no habria sido posible resistir al torrente impetuoso de la revolucion. Pero el nuevo virey vino bajo otro aspecto a dar fuerza y aumentar los motivos que la impulsaban, pues fué el portador de las gracias concedidas por la rejencia a todos los aprensores de Iturrigaray, y con esto se dice lo bastante para dar a conocer el disgusto con que fué recibido este funcionario y el gobierno que representaba.

Como las circunstancias de la metropoli eran en aquella epoca las mas apuradas, pues el partido de la resistencia se hallaba casi reducido a las murallas de Cadiz, la rejencia que no conocia otro poder que pudiese apoyar su autoridad en Mejico y proporcionarle auxilios para restablecerla en España que el de los Españoles ricos aprensores de Iturrigaray, trató con ambos fines de contentar a estos y hacer se los propicios a toda costa. Este parece haber sido el principio de las concesiones que se les hicieron y no el de insultar a los Mejicanos; mas estos se dieron por ofendidos, y no vieron en las nuevas gracias sino un desaire a sus reclamaciones.

y un desprecio de sus quejas, de modo que en lo de adelante, siempre que la ocasion pedia hacer una enumeracion de las injusticias del gobierno español, jamas dejó de contarse entre ellas como una de las principales las concesiones espresadas.

La mañana del 17 de setiembre Venegas reunió en el palacio vireinal una junta aristocratica, compuesta de un numero considerable de personas, entre las cuales se contaban el arzobispo y el general Garibay, ambos antiguos vireyes, y el teniente general Bustamante, destinado para gefe supremo de Guatemala. En ella se dió cuenta con las gracias concedidas por la rejencia. Contra la evidencia de los hechos se hizo una pintura brillante del estado de las cosas de España, y se concluyó por un pedido de veinte millones de pesos. Parecia natural que se hubiese tambien hecho mencion de los sucesos de Dolores, que era el asunto del dia, y que por su inmediacion interesaba algo mas al gobierno y a los habitantes del pais que los de la peninsula; pero la politica del gobierno colonial fué siempre afectar un desprecio desdeñoso de todos los esfuerzos de los Mejicanos contra su metropoli, que se hacia por entonces consistir en un silencio, por el cual se afectaba no ocuparse de un asunto que se queria persuadir no debia llamar la atencion del gobierno sino secundariamente.

Las primeras noticias del alzamiento llegadas de Querétaro, vinieron por conducto de los frailes de *propaganda* que tienen en aquella ciudad el colejo de la Cruz. El Acuerdo que era el consejo nato del virey, y en el cual prevaleció el voto de D. Guillermo de Aguirre, le consultó que conforme a la costumbre antiquísima establecida para semejantes casos se nombrase un pesquisidor, que con algunos alguaciles y una partida de tropa se trasladase al lugar del motin y lo cortase como tuviese por conveniente, imponiendo castigos y concediendo perdones discrecionalmente. El virey que no tenía conocimiento ninguno del estado del país, siguió por entonces este dictamen, y nombró al alcalde de corte D. Juan Collado para el desempeño de esta comision, el cual, llegado a Querétaro apenas pudo hacer otra cosa que enterarse del estado de los negocios, y reponer en su empleo al correjidor Domínguez cuya inocencia palpó. En cuanto a lo demás no pudo adelantar un paso, pues el movimiento de Dolores no era un motin pasajero, sino el principio de una revolucion que, aunque mal dirigida, tenía profundas raices en el corazon de los Mejicanos y no podia terminar sino cortando para siempre los vinculos de este pueblo con su metropoli.

Cuando el virey tuvo noticia de la toma y saqueo de Celaya y de la fuerza progresiva de Hidalgo, em-

pezó a sospechar que el negocio era de mas cuidado que lo que la Audiencia habia creído, y de consiguiente que las medidas sugeridas por el Acuerdo eran en el caso absolutamente ineficaces. Estas sospechas pasaron a ser evidencias con la toma de Guanajuato y la derrota de los Españoles en tan importante plaza. Entonces el virey abrió los ojos y conoció la necesidad de las operaciones militares contra unas masas que aumentaban por momentos, y a nada se hallaban menos dispuestas que a someterse a sus antiguas autoridades. Se determinó pues que la ciudad de Queretaro fuese el cuartel general y punto de reunion de tropas para formar un ejército, cuyo objeto por entonces debia ser el de sostener este punto, que aunque no unica, es una de las llaves de la capital, y mas tarde con el de atacar las fuerzas de Hidalgo y destruirlas si era posible. Como las noticias alarmantes se alcanzaban unas a otras, se hicieron salir a marchas forzadas el regimiento de infanteria de la Corona y el de dragones de Puebla con la columna de granaderos, formada de las compañías de este nombre de todos los cuerpos de infanteria provincial. En Queretaro existian ya los dragones que llevaban el nombre de esta ciudad, y la mayor parte del regimiento de infanteria de Celaya, posteriormente se hicieron marchar a este punto la infanteria veterana de Nueva-España, y los dragones veteranos de España y Mejico.

Todas estas fuerzas con su tren de artillería competente se pusieron a las ordenes del coronel D. Manuel de Flon, conde de la Cadena, e intendente de la provincia de Puebla. Este gefe era uno de los hombres públicos de reputación bien sentada en todas líneas. Se ignora cual fuese su pericia militar, pero eran universalmente reconocidas su integridad y honradez, sus conocimientos políticos y económicos, su dedicación a la policía de comodidad, ornato y seguridad, lo mismo que su deseo de propagar en su provincia los conocimientos científicos y literarios. Estas prendas hacían que se le considerase como un respetable magistrado, aunque sujeto a gravísimas faltas por su carácter impetuoso y fuertes pasiones, que le hacían atropellar muchas veces los miramientos debidos a las personas, y salvar no pocas las barreras legales, por llegar más pronto al fin casi siempre laudable que se proponía. Sus ideas políticas eran en todo conformes a las de Riaño su conuño, es decir que pertenecía al partido de los Españoles que opinaban por el progreso, y participaba de sus miras y deseos. Estaba convencido de que la época de la independencia de Méjico había llegado o estaba ya muy próxima; pero el no se la figuraba tal como Hidalgo la inició, envuelta en horrores y destrucción, sino pacífica y sosegada; error notable en un hombre de sus conocimientos, al que no se debía ocultar que la po-

sibilidad de un cambio sin desordenes intentado inutilmente varias veces, habia pasado ya, y que el resentimiento de las masas contra la metropoli y los Españoles, provocado por los repetidos agravios de aquella y estos, debia por necesidad producir una esplosion violenta y una sangrienta revolucion! Mas sea de esto lo que fuere, Flon echó un borron eterno sobre una reputacion adquirida a tanta costa, por el caracter barbaro y sanguinario que desplegó con tanta ferocidad en clase de segundo gefe del ejercito español del centro, y su memoria, por semejantes atrocidades, será siempre poco grata a los Mejicanos.

El virey formó en Mejico su reserva con los rejimientos de infanteria de Puebla, Tresvillas, Toluca y el batallon de Marina, compuesto de la tripulacion de los buques que se hallaban en la baia de Veracruz con la caballeria de Tocineros y algunos otros piquetes y compañías sueltas, y la guarnicion de la ciudad fué confiada al rejimiento urbano del comercio y a un cuerpo de milicias urbanas de las tres armas, compuesto de los vecinos, a quienes se dió la denominacion de patriotas, y cuya fuerza seria de tres a cuatro mil hombres. Estos cuerpos eran tres batallones de infanteria, cuatro escuadrones de caballeria, y una brigada de artilleria, y en ellos se obligó a inscribirse a todos los que podian hacer servicio a su costa. El virey no

quiso que llevasen el uniforme ni denominacion de los antiguos voluntarios, confesion tacita pero bien clara de la general aversion con que eran vistos del publico mejicano. En San Luis Potosí se formaba por el mismo tiempo otra division que despues fué uno de los principales apoyos del gobierno español en Nueva-España. El brigadier Don Felix Calleja se hallaba de comandante de la decima brigada de milicias, de la que era cabecera aquella ciudad. Luego que este hombre supo la revolucion de Dolores, de la cual tenia ya algunas sospechas, aunque por datos no muy seguros, lejos de desalentarse ni caer de animo como sucedió a los mas de los gefes de la Nueva-España, sin aguardar ordenes de Mejico se ocupó con una actividad incansable en reunir todos los cuerpos de su brigada, llenar sus bajas, armarlos, disciplinarlos y equiparlos de todo a todo. Levantó tambien nuevos cuerpos formandolos de hombres robustisimos de que abunda aquella provincia, y entre ellos se hizo muy notable el de infanteria llamado de los *tamarindos* por el color de su vestido, y compuesto de hombres tomados de las rancherías, pertenecientes a las Bocas y el Venado. Tambien estableció Calleja una fabrica de cañones de todos calibres, arma muy escasa por aquel tiempo en Mejico, y cuando ya tuvo su division bajo un pie respetable, la hizo campar en la hacienda de la Pila, con el objeto de ocu-

par a los cuerpos esclusivamente en los ejércitos militares, mantener el rigor de la disciplina e impedir las distracciones a que se hallan espuestos los soldados en las ciudades. El acampamento se hizo con toda la ostentacion que era característica en Calleja : las tropas marcharon formadas a la ocupacion del campo, el terreno se dividió por cuerpos, señalándose a cada uno de ellos el que le correspondia, y en la tienda del general se levantó un doceel con el retrato de Fernando, bajo el cual se colocó una mesa con la imagen de Cristo crucificado, ante el cual se hizo jurar de nuevo a los gefes, oficiales y soldados obediencia y fidelidad al rey de España, y hacer la protesta, que despues fué tan comun, de sostener la religion que nadie atacaba, pero que convenia hacer creer se hallaba en riesgo a un pueblo sobre cuya ignorancia y credulidad se calculaba. La solemnidad de este acto y el aparato exterior que se le dió para herir la imaginacion de los espectadores produjo todo el efecto que se deseaba en las gentes del ejercito, que por su sencillez e inesperienza no les era posible conocer las imposturas de sus gefes, penetrar sus designios, ni desprenderse de las impresiones que producian estas exterioridades. El entusiasmo pues, hizo las veces de la razon, y los que entonces se alistaron en la division de Calleja pelearon constantemente y de buena fe por el gobierno español mientras estuvieron a las ordenes inmedia-

dias de este jefe, a quien es preciso dar a conocer.

El general D. Felix Calleja vino a Mejico de teniente coronel con el virey conde de Revillajigedo el hijo : jamas pudo disimular su desmedida ambicion ni el deseo de hacer un papel brillante y distinguido ; así es que desde los primeros momentos de su llegada, todo su empeño fué el de mandar en jefe y sin superior inmediato, hallandose siempre mas dispuesto a ponerse al frente de una partida de soldados en el campo que a ser segundo de una division. Su genio activo y emprendedor, y su deseo de adquirir gloria, lo hacian no desperdiciar ocasion ninguna de llamar la atencion del publico y formarse un teatro de admiradores que lisonjearan su vanidad : como todo ambicioso jamas tuvo fe ni conciencia politica, ni hallaron en el nunca cabida los sentimientos del deber ; calculaba, y por lo comun con tino y conocimiento, lo que podria conducir a sus adelantos, y se decidia por el lado que les era mas favorable, así es que fué amigo y enemigo de la revolucion francesa, admirador y detractor de Bonaparte, liberal contra las preocupaciones religiosas y la Inquisicion, y encomiador de los Jesuitas a quienes protejió y restituyó : por último, para que no le quedase papel por hacer, hizo hasta cierto punto el de insurgente, para tener cabida entre los afectos a la revolucion, que